

# LA DANAIDE

No sabe por qué fué condenado; pero sabe que la condena es inexorable. Pasan las horas, transcurren los años, caen en el abismo de la eternidad los siglos, y el castigo subsiste. Para abstraerse á su rigor, emprende tremendos éxodos, cambia en cierto modo sus condiciones de vida, trabaja sin descanso, lucha contra la naturaleza, abrevia á veces su existencia. ¡Todo en vano! El suplicio continúa, el dolor no cesa. En el valle como en la montaña, en el seno de los mares como en el fondo del desierto, en las regiones abrasadas por el sol como en aquellas que la nieve cubre eternamente, en las comarcas fértiles como en los áridos pedregales, en las ciudades como en las chozas de los pastores, la pena cae con pesadumbre mortal sobre la Humanidad.

Nueva Danaide, quiere el destino que llene con su carne palpitante la oquedad desmedida, la sima enorme que abrió el Mal; y cuando parece que el abismo rebosa, que el castigo está á punto de cesar, una fuerza desconocida vuelve á hacer el vacío, y la perdurable labor continúa.

Los pueblos pastores terminaron su peregrinación á través de montes y colinas; surgieron las aldeas; tuvo cada hombre una choza que le cobijara, útiles que hicieran menos pesado su trabajo, campos que cultivar, bosques que roturar. Pudo creer la Humanidad que la vida sedentaria acabaría con el castigo que la había perseguido desde su aparición sobre la tierra. ¡Desengaño profundo!

Los hombres de una aldea se batieron contra los de la aldea vecina, codiciosos de sus tierras, que el deseo creta mejores que las propias. Para dirigirles en esas contiendas, eligieron jefes. La tiranía del fuerte sobre el débil, había nacido. Los jefes que durante la guerra habían mandado, continuaron mandando durante la paz. Los prisioneros hechos al enemigo, fueron utilizados por los vencedores, para cultivar sus campos. La explotación del hombre por el hombre había principiado. La esclavitud reinaba sobre la tierra. El castigo, en vez de terminar, arreciaba.

Las aldeas se convirtieron en villas, éstas en ciudades. Los esclavos engendraron hijos, y los hijos de los esclavos fueron esclavos á su vez. La Humanidad quedaba dividida en dos castas: la de los hombres libres y la de los esclavos. Aparecieron las primeras religiones. Se inventaron para consuelo de los hombres, y fueron su azote; quisieron dignificarlos, y les cubrieron de oprobio; para calmar la pretendida cólera de ridículos ídolos, se inmolaron millones de víctimas. El castigo era cada vez más tremendo. ¡La sima no se nivelaba!

Las ciudades se han convertido en naciones; los jefes en reyes. Un puñado de tiranos, y millones de esclavos: esto es la Humanidad en Asia.

El arte aparece, como antes la religión. Tampoco sirve para redimir á los hombres. La realización de sus creaciones cuesta la vida á miríadas de esclavos. Cada palacio de Babilonia, de Ecbatana, de Ninive, cada templo elevado á un dios, cada torre levantada para la defensa de un rey, significa el sacrificio de muchas vidas. Los hombres han perdido su voluntad con su libertad. El amo manda y

ellos obedecen; empuña un arma y ellos presentan el pecho al hierro; máquinas inanimadas, cuando alguno de sus hermanos se rebela, lo inmolan á un gesto del tirano.

Surgen Egipto y Grecia. La ciencia empieza á brillar, bajo aquellos cielos siempre serenos. ¡La poderosa fuerza quizá acabe con el eterno suplicio! No. Los sabios proclaman el reinado de nuevos dioses; pero proclaman también la necesidad de la esclavitud, las ventajas de una guerra victoriosa. Isis y Júpiter confirman la inicua sentencia.

A orillas del Tiber, se alza Roma. Las fronteras del mundo se ensanchan ante sus legiones, ante el vuelo de sus águilas. La ciencia del derecho aparece. Pero ese derecho no es igual para todos los hombres. La esclavitud es cada vez más horrible. Una familia patricia es más poderosa que un monarca constitucional. La riqueza engendra la corrupción. La corrupción trae de la mano la ruina.

En un rincón del Asia, suena una voz poderosa que predica el reinado de la paz. Esa voz dice que todos los hombres son hermanos. Quiere que el caído se levante y se humille el soberbio. Anhela que el rico abandone su palacio y el esclavo sus cadenas. Dispone que cesen las guerras y que el trabajo se reparta entre todos los hombres por igual. No matarás; no robarás; no harás á otro lo que no quieras para ti. ¡Gloria al Dios verdadero! ¡La religión del Crucificado acabará con el Mal! ¡La hora de la redención ha sonado!

Esa religión nace bañada en sangre. Los mártires caen por millones, bajo el hierro de los verdugos, mueren entre las garras de los felinos, perecen en las catacumbas, blanquean con sus huesos los caminos. Pero Roma se transforma. La ciudad de los emperadores es la ciudad de los papas. ¿Se ha redimido la Humanidad?

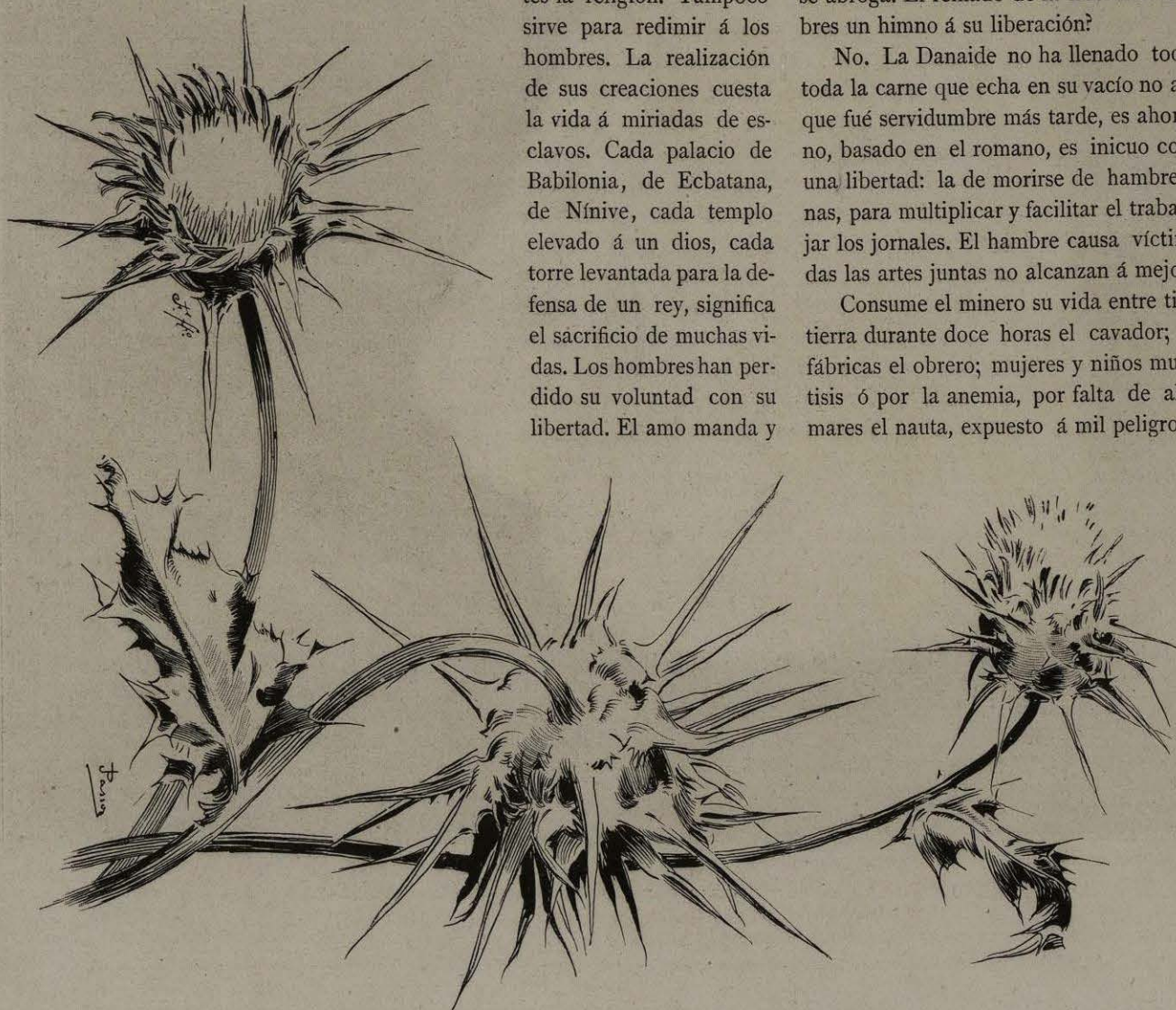
No. Los cristianos entablan fratricidas luchas contra los islamitas. Las dos religiones rivales chocan con espantable ímpetu, y ese choque hace correr ríos de sangre. En pos de la barbarie de la Edad Media, el resplandor del Renacimiento. Como el fuego que oculto durante mucho tiempo estalla al cabo, iluminando con sus rayos cuanto le rodea, así la humana inteligencia fulgura de nuevo. El arte y la ciencia progresan; parece que lleguen á la más alta cima que les sea dable alcanzar. Creíase sentir un aura de libertad vivificando la tierra. Agoniza la nobleza; pero se crece el poder de los reyes. Al capricho y á la voluntad de varios hombres, se substituyen el de uno solo. Esos amos de las naciones sueñan todos con el imperio universal, como Alejandro, después de Icos; y para conseguirlo, ensangrientan el suelo de Europa. La esclavitud continúa.

La clase media proclama los derechos del hombre. La servidumbre se abroga. El reinado de la libertad comienza; ¿han de entonar los hombres un himno á su liberación?

No. La Danaide no ha llenado todavía su tonel. Toda la sangre y toda la carne que echa en su vacío no alcanzan á colmarlo. La esclavitud, que fué servidumbre más tarde, es ahora proletariado. El derecho moderno, basado en el romano, es inicuo como aquél. El esclavo tiene ahora una libertad: la de morirse de hambre. La ciencia ha ideado las máquinas, para multiplicar y facilitar el trabajo. Lo que ha conseguido es rebajar los jornales. El hambre causa víctimas como en la Edad Media. Todas las artes juntas no alcanzan á mejorar la condición humana.

Consumen el minero su vida entre tinieblas que la abrevian; trabaja la tierra durante doce horas el cavador; respira la atmósfera insana de las fábricas el obrero; mujeres y niños mueren á millares, consumidos por la tisis ó por la anemia, por falta de alimentación reparadora; surca los mares el nauta, expuesto á mil peligros; los que se llaman obreros de la inteligencia, agotan las fuerzas de sus cerebros en una labor ingrata; hay hospitales y hospicios, cárceles y lupanares; los esclavos de hoy son los amos de mañana, y los que ayer eran libres, hoy gimen cautivos. La gran Danaide, la triste, pobre y desconsolada Humanidad, trata en vano de llenar la sima profunda, profunda como su miseria, grande como su desventura. El castigo persiste implacable, y la Danaide sólo vive para cumplirlo.

R. MARTINEZ  
DE LATORRE



## BEBÉ

CARTA DE GUSTAVO AL AUTOR.

Querido Luis: hace mucho tiempo que no te escribo... Tú crearás que te tengo olvidado; mas no es así... Los buenos, los verdaderos amigos, se escriben poco y nunca se olvidan. Tú, que tan aficionado eres á buscar la razón de las cosas, tal vez sepas en qué consiste esto.

Tarde te escribo y... ya ves, tarde y triste... El luto del sobre, ya debe haberte hecho suponer la sensible pérdida que lloro... ¡Mi pobre Fausta, falleció en mis brazos hace un mes!... ¿Recuerdas cuánto la quería? Pues fácil te será comprender mi dolor... Tú, que entonces te burlabas de nosotros cariñosamente, llamándonos el matrimonio de alimbar; tú, que tanto me hiciste reír con tu hiperbólico escepticismo, desesperación de mi pobre Fausta; tú, que tanto nos querías, estoy seguro de que llorarás, al saber que ha muerto aquel ángel inocente, que una tarde de estío, lloró porque tú aseguraste que el amor es el sexto sentido de la bestia humana. «—¡Dichosos los que lloran ante la verdad!— dijiste tú, sonriendo. Y agregaste: «— Eso prueba que aun conservan ilusiones en el alma y puros los sentidos... incluso el del amor... » Tal vez me equivoqué en mis observaciones; pero, creí notar en tus ojos y en la expresión de tu semblante, algo que, si no era envidia, debía de parecerse mucho á ese sentimiento, en ocasiones ruin y perverso y á veces revelación del dolor... ¿No envidian al dichoso los que sufren? Pues esa envidia no es un sentimiento bajo, mientras no llegue á los límites del odio; es un lamento justo, digno de compasión.

Como puedes ver por lo inconscientemente que me dejo arrastrar por los recuerdos, ya voy teniendo alguna afinidad contigo, que vives de los tuyos, entregado al eterno análisis del por qué de muchas cosas que no tienen remedio ni será fácil que lo tengan jamás... Y es que el dolor, en cuanto nos pilla solos, se torna más y más cruel. ¡Desgraciadamente, no tengo que tú, venga á alejarle con su presencia y sus consuelos... Mas, dejando aparte ya mi sentimiento, del que seguramente participas, voy á exponerte

Haré un poco de historia, ocupación muy propia en quien no tiene cosas más útiles que hacer. Como tú sabes, Fausta estuvo á toda pensión en el colegio de Ntra. Sra. de Loreto, hasta pocos días antes de casarse conmigo... Pues bien, en mis visitas al colegio, conocí á una compañera de Fausta, que desde el primer instante, llamó mi atención por su excepcional hermosura, atención ó admiración que, notadas por la que tanto me quiso, fueron causa de uno de esos espeluznantes dramas sin forma ni color, que se originan en la mente, se desarrollan en el corazón y se desenlazan en los ojos con cristalinas y ardientes lágrimas. Aunque sólo dos ó tres veces volví á ver aquella belleza sobrenatural, aun ahora, al evocar su recuerdo, me parece estar contemplándola con su traje de colegiala y su aturdimiento de revoltoso pajarillo... ¡Pobre niña!... Hoy que, casualmente, conozco su historia, recuerdo con pena su



hermosura de virgen triste, digna del lamento de uno de esos seres sobrehumanos, que lloran una eternidad las desventuras ideales de cualquier criatura espiritual y misteriosa.

Como he conocido la historia de Carlota, que así se llamaba aquella encarnación de la belleza, te lo diré luego... Ante todo, voy a describirte la mejor que sepa; y ten por seguro que mis frases, por encomiásticas ó hiperbólicas que lleguen á parecerse, serán, de fijo, pálidas y pobres, con relación á la hermosura de aquella infeliz.

Carlota, era la miniatura de una Venus... más ideal que la de Milo. En su cuerpo, la carne casi era un pretexto para formar un sér, pues el alma, parecía desprenderse de él y envolverlo, rodeándolo de una aureola vaga y como esplendente... La luz de sus ojos azules, su virginal sonrisa, aquellos cabellitos dorados que orlaban su rostro en caprichoso torbellino, y aquellas facciones finísimas, casi sin línea que las determinara, y lo esbelto y vagoroso de su figurita, cuyo contorno parecía esfumarse en un ambiente de átomos de luz, hacían, querido Luis, de Carlota, más que una criatura terrena, el engendro de la poética fantasía de un soñador enamorado de lo ideal... Sin embargo, el fondo de aquella pobre criatura, era tan humano como podrás apreciar por algunas cartas tuyas, que adjuntas te remito.

Muerta mi adorada Fausta, recogí de sus muebles cuantos recuerdos de nuestro amor contenían, y entre los recuerdos, hallé las cartas de Carlota, por las cuales he conocido su historia.

Ahora bien ¿para qué te las remito? Puedes suponerlo... Al leerlas, creí que podían servirte para escribir un libro tan conmovedor como interesante. También podría tener su poquito de trascendentalismo; pero como en este terreno habrías de atacar sentimientos, convertidos ya en instituciones del alma, te aconsejo que fueras por otros derroteros.

Si te decides á hacer un libro de las cartas de Carlota, dímelo cuando me contestes... Que sea pronto, eh? ¡Solo como estoy con los recuerdos de mi pasada dicha, tus cartas serán un consuelo para mí!

Adiós, Luis; te abraza cariñosamente, tu amigo del alma,

Córdoba, 4, Febrero, 98.

A la sincera pena que me causó la noticia de la muerte de Fausta, modelo de esposas amantes, sobrepusose al punto la curiosidad que despertó en mí, cuando Gustavo me decía de la espiritual Carlota. Nada tuvo, pues, de extraño, que me apresurase á deshacer el paquete y á leer las cartas que contenía, escritas unas en elegante y satinado papel, otras en pliegucillos bastos, sucios... Aquellas cartas me hicieron sentir y, sobre todo, pensar. A no haberme preocupado con la causa de los infortunios de Carlota, no hubiera llorado, como es muy posible que los lloréis vosotros, mis lectores, al conocerlos por ella misma, pues, como escribí á Gustavo «no seré yo quien pretenda describir las amarguras de sus tormentos... Jamás el artista podría ser tan sincero en la expresión, como lo fué ella al confiar á Fausta sus penas. El libro de su existencia lo escribió Carlota misma... El arte sería menos sincero que el dolor, porque el dolor es muchas veces el artista más sublime y fecundo.» Esto escribí á Gustavo. Firme en mi idea, ahí van, á continuación, las cartas de Carlota. Vosotros, al leerlas, lectores amigos, ved, si, como Gustavo, encontraréis algo trascendente en ellas, algo que, como mi amigo decía, pueda ser un justo ataque á sentimientos convertidos en instituciones de las almas. Si de las cartas de Carlota, se desprende tal ataque, sufrirlo, porque es la voz del infortunio, la voz de vuestra víctima, y toda víctima tiene derecho á quejarse... Si nada descubris en su odisea, si no os hace pensar á la vez que sentir, será... que nos equivocamos Gustavo y yo.

#### CARTA PRIMERA.

Querida Fausta: No te puedes imaginar la alegría que me ha causado tu carta... Al anunciarte mi boda, pensé que tal vez no llegaría á tus manos mi esquela, por haber cambiado tú de residencia. Sigues en el mismo punto, gozando con Gustavo de tu felicidad, bajo ese cielo que los poetas nos describen siempre azul y siempre alegre, y en verdad que mucho lo celebro, querida, puesto que ha sido causa de que reanudemus nuestra buena amistad... Siempre te quise mucho, bien lo sabes, y si ahora estuviese junto á ti, tu *Bebé*, como en el colegio me llamabais todas por mi figurilla de muñeca rubia y pálida, te demostraría que en mi corazón, no mueren los sentimientos cuando están arraigados tan hondo como el cariño que te profeso... Pues sí, amada Fausta; me he casado y soy feliz, tan feliz como tú dices serlo, tan feliz como las dos soñábamos que lo seríamos... ¡Te acuerdas, Fausta, de nuestros sueños?... ¡Cómo me río ahora al recordarlos! De fijo que tú también te ríes... «—Me casaré con Gustavo, —decías tú. —Es moreno, de patillas negras, ojos negros y corazón muy grande, todo para mí.» Tú siempre habías soñado á tu galán con patillas y banquero. Ni tú ni yo, concebíamos á un banquero sin patillas ni á un militar sin buena estatura, valiente y con bigote rubio... Esta era mi obsesión, mi ideal: un uniforme muy vistoso y con muchos entorchados en el pecho, una espada invencible y un bigote rubio y sedoso á la borgoñona... ¡Qué risa! Si aquellas regañonas madres del colegio, hubiesen sorprendido nuestros ensueños con ayuda del pájaro verde parlanchín, terror de las pequeñuelas, de fijo que se hubiesen horrorizado y nos hubieran despedido... Pero como ellas nada sabían, nosotras paseábamos por el jardín, comunicándonos nuestros íntimos pensamientos, y unas veces eras tú y otras veces era yo, la que, haciendo de galán, ofrecía el brazo, para luego trocar los papeles, diciendo: «—Bien; ahora seré yo la mujercita...» Y me colgaba de tu brazo, diciendo bajito y con el soñador arrobado que pensaba dedicar al sér amado: «—¿Me querrás siempre, nene mío? ¿Querrás mucho á tu mujercita?...» Chica, me ahogo de risa al acordarme de esto... ¡Qué tontas, Jesús! ¡qué tontas!... Apenas si hay diferencia de aquello á esto... La misma que debe de haber entre el

cielo de las estampitas que nos daban las monjas y el cielo que el firmamento nos oculta.

Mi ideal se ha realizado... Tengo maridito, que, si bien no lleva uniforme, gasta toga que le cae divinamente... Es abogado, y hay que oír la elocuencia con que pide la absolución para su defendido, aunque éste haya dado muerte á su madre, ser el más santo de todos. Si creyeran á mi Pepe, este mundo sería un presidio suelto. ¡Claro! pues si es tan bueno... y tan guapo... ¡y me quiere de un modo...! Es rubio y lleva toda la barba, barba que yo le peino todos los días cinco ó seis veces. En fin, si algún día vienes á Madrid, ya te convencerás de que he tenido buen gusto.

Antes de seguir dándote detalles de mi nuevo estado, debo manifestarte que mi tía, á quien conociste en el colegio cuando iba á verme, murió hace un mes. Esto me causó gran sentimiento, pues, como sabes, la hermana de mamá era el único sér que me quedaba en el mundo... Pero, eso sí, se murió oportunamente, porque de la herencia de mis padres ya no quedaba un céntimo... Mi esposo, quería llevar á los tribunales á la difunta, por malversar bienes de menor, pero... contentóse con hacerle entierro de última clase.

Volviendo á mi nuevo estado, te diré que vivimos juntos, Pepe, su mamá y yo... Nuestra casa es encantadora: un segundo piso de la calle de Alcalá. Vamos alguna vez á los teatros, y en cuanto Pepe se acredite, que con el talentazo que tiene, será pronto, nos abonaremos al Real, sin que lo sepa la madre de mi Pepe... ¡Oh! Ella es muy ahorrativa y dice que se debe guardar para la vejez... Tiene razón, indudablemente; pero, está la vejez tan lejana todavía, que ahora bien podemos ir al Real.

En medio de mi ventura, no quiero ocultártelo, tengo mis ratitos de malhumor... ¡Ay, Fausta! ténome que te vas á reír de esta locuela; pero quiero decirte todo para probarte que aun soy para ti, el mismo *Bebé* del colegio, aquel que nada te ocultaba, y que algunas veces se declaró culpable de tus travesuras. La causa de mi malhumor, no es otra que el mucho cariño que mi madre política profesa á mi Pepe, vamos, á su hijo... Hay que ver cómo se sienta en sus rodillas y le besuquea el rostro y le dice ternezas como «bien de mi vida», «alma mía» y todas esas frases, en fin, que yo pensé eran de exclusivo uso de las mujercitas enamoradas... Tú, afortunadamente, no habrás sufrido este tormento... Gustavo no tiene madre, lo que tal vez sea una desgracia para él; pero, créeme, es una suerte para ti... Vamos ¿qué le dices á tu esposo, si su madre ya le dedica las mismas frases que tú tenías guardadas para él, tiempo y tiempo, en el fondo de tu corazón? ¿Está bien que una señora anciana diga esas cosas?... ¡Ay, Fausta! Tú, que tienes más años que yo y llevas algunos de casada, dime algo que me convenza de que no es una usurpación lo que la madre de Pepe hace conmigo.

Faltan pocas líneas para terminar este segundo pliego de mi carta... No dirás que soy perezosa ni que olvido á la que siempre lloraba cuando las monjas me imponían algún castigo... Te quise, te quiero y te querré siempre.

Saluda á tu esposo en nombre mío y de mi familia, y tú recibe un beso y un abrazo, locos como aquéllos de tu constante

Madrid, 14 Enero, 90.

*Bebé.*

Tu casa: Alcalá, n.º... segundo, derecha.

#### CARTA SEGUNDA.

Inolvidable Fausta: ¡Por fin, tras dos meses de esperar y cuando ya creí que nunca contestarías, llega á mis manos tu cariñosa respuesta!... Y á fe que la recibo en los mejores momentos... ¡Ay sí! en esos momentos en que comenzamos á dudar de la razón, y que, según Román, un íntimo amigo de mi esposo, que con frecuencia viene á vernos, son las sendas diversas por donde la humanidad camina hacia la locura... Sí, sí, Fausta; yo creo que voy á volverme loca... Mi nido de amores, el santuario de mi corazón, se derrumban, se desmoronan apenas construídos, y en mi alma domina ya el terror, enemigo del raciocinio. «—No seas tonta, —me dices en tu carta;— las madres siempre son madres y tienen sagrados derechos sobre sus hijos, derechos que nosotras, las mujercitas enamoradas, debemos respetar... Lo que tú tienes son celos, Carlota... No te enfades mi franca acusación... Tu mamá política, no ha de robarte el cariño de tu esposo, con sus expansiones maternales...» ¡Qué equivocada estás, mi buena Fausta! Me priva de su cariño, y poco á poco, acabará por robármelo todo.

No creas que por acoger tus palabras increíblemente, dejo de agradecerlas; ellas me prueban la constancia de aquel cariño que me tenías en el colegio... ¡El colegio!... ¡Qué hermosos tiempos, Fausta!... Todo eran risas alegres, inquietud de avechilla, ilusiones y ensueños gratos... ¡Todo pasó!... Hoy he de pensar cómo y cuándo me río, para no ser inoportuna; hoy he de ver cómo me muevo y lo que hago, porque hay quien fiscaliza mis actos con rigurosidad más austera que la de aquellas bonachonas madres... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué se han hecho mis alas? Yo, que al volar á los brazos de mi Pepe, con el corazón rebosando alegría y cariño; yo, que al entrar en este gabinete, prisionera en los brazos de mi esposo, me abrasaba roja de emoción y sintiendo ese afán y pudoroso miedo, de la que se halla al borde de lo soñado y nunca conocido, experimento hoy una tristeza infinita, unas ansias de llorar que me ahogan, y un frío horrible que recorre mi sér con tal violencia, que parece me azotan con un látigo de hielo... Y en cambio, la cabeza me arde y en las sienes siento un golpear horrible que me enloquece... Hay momentos, ahora mismo, en que ebría de dolor, al crearme sola, sin cariño alguno, viendo tan sólo el rostro severo de mi madre política y el gesto violento de mi Pepe, me entran ansias de gritar: «—¡Mis alas, dadme mis alas, para volar á mi colegio y soñar allí que soy el adorado *Bebé* de mis compañeras.

(Continuará.)

LUIS DE VAL

## MARIANITO

Cuenta, cuenta como fué.

—Pues bien; escuchad.

«Ya sabéis que tan luego me cosieron en las mangas las estrellas de teniente, me destinaron al Batallón Expedicionario n.º 2. ¡Qué soldados los de mi compañía! Casi todos eran manchegos, de los de guitarra en bandolera, y más aficionados á las nacionales navajas de triples muelles, que al extranjero cuchillo del Maitser. ¡Eal, dimos el último estrujón al alma, al oír la última nota de la marcha de Cádiz, y... cataplán, cataplán, salió el largo tren de agujas, tomó una curva, y adiós Madrid.

Llegamos á Barcelona, embarcamos, y entre seguidillas y vascas, pedasumbres y jolgorio, recuerdos y realidades, anécdotas y consejas, anclamos en la bahía de Manila.

A la banda de estribor flameaba al viento en el fuerte de Cavite la alegre bandera roja y gualda, y no lejos empezaban las trincheras enemigas. Frente á ellas nos encontramos bien pronto, y que allí se batió el cobre, magistralmente ya os lo contó el capitán Fortunato, que por más que es coronel..., para Madrid entero y para nosotros, siempre será el capitán Fortunato.

Levantando y cayendo, y unas veces curándome heridas, y otras haciéndolas, vine á dar en una barrancada de los «Doce Apóstoles» que con sus graníticos peñascales resguardan la entrada de Silang. ¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Sólo recuerdo que recibí un golpe en el pecho, perdiendo el conocimiento.



ESCENAS DE TALLER. — Cuadro de JOSÉ LLOVERA.

hermoso vapor *Cádiz*. En aquel barco, entre otros pasajeros, iba tu padre, el mío y yo, que era entonces un niño. Tenía ocho años. Los fuertes colores de aquella época y la bravia monzón del Noroeste, agravaron la enfermedad de mi padre. Antes de llegar al «Estrecho de las Lágrimas», sintiendo el enfermo que se aproximaba su última hora, llamó á don Lope, y á mi presencia le dijo estas solemnes palabras: «—Usted es bueno: los indios le llaman *amama*. Voy á morir. Sea usted padre de mi pobre Marianito, —aquel Marianito era yo. Mi padre murió, y el tuyo lo substituyó en cariño, cuidados y amor.

El tagalo llora pocas veces; su moral, para quien mal los conoce, dicen que es indefinida. Lloran poco, pero lloran, y aquel hombre lo hizo ante mí, que fuertemente emocionado seguía sus palabras, evocadas al conjunto de aquella luctuosa noche del «Mar Indico».

—Tu padre y yo le velamos toda la noche. Al alba, un largo silbido, dado desde el puente, anunció la fúnebre *maniobra* de la inhumación. A una segunda orden, cuatro marineros sacaron el cadáver, envuelto en embreada lona, tendiéndolo en una tabla que pusieron horizontal sobre la borda de babor, con la que formaba cruz. —¡Listos! —gritó el oficial de cuarto. —¡Listos! —se repitió en el puente, y aunando movimientos con la regularidad matemática de á bordo, cesó de girar la hélice. La tabla fué buscando lentamente la vertical, y el cuerpo, resbalando, cayó en el inmenso Océano. Una línea abierta y cerrada inmediatamente en el abismo, terminó aquella fúnebre escena. La hélice volvió á girar, y el primer rayo del sol naciente alumbrando lejanos contornos de africanas y arábicas tierras, fué el epílogo de aquel drama, en que no hubo más oraciones que las de tu padre. El mío no era católico, y yo no sabía rezar.

Al volver de mi letargo, —y aquí empieza mi historia— me encontré sobre el *sahig* entrelazado de cañas de modesto *bahay* indio. Varios soldados tagalos me rodeaban. De entre ellos se adelantó uno que debía ser de alta graduación, y mostrándome la placa que yo llevaba al pecho cuando caí, y la cartera que guardaba en la guayabera, me dijo, en tono breve: «—Esta placa que entre vosotros es signo de valor y de honor inmaculado, te ha salvado la vida. Mira la abolladura que detuvo nuestra bala. Esta cartera, —añadió, —podrá salvarte segunda vez. Aquí hay un retrato que para mí y los míos es sagrado. ¿Cómo te llamas?»

—Diego Miranda, —respondí; más con curiosidad que con temor. —¿Tu padre fué el alcalde mayor don Lope Miranda? —En efecto, tal cargo ejerció aquí en mejores tiempos; Lope es su nombre, Miranda su apellido, y ese que en la mano tienes su retrato.

—Salir todos, —dijo en tagalo á su gente. Quedamos solos.

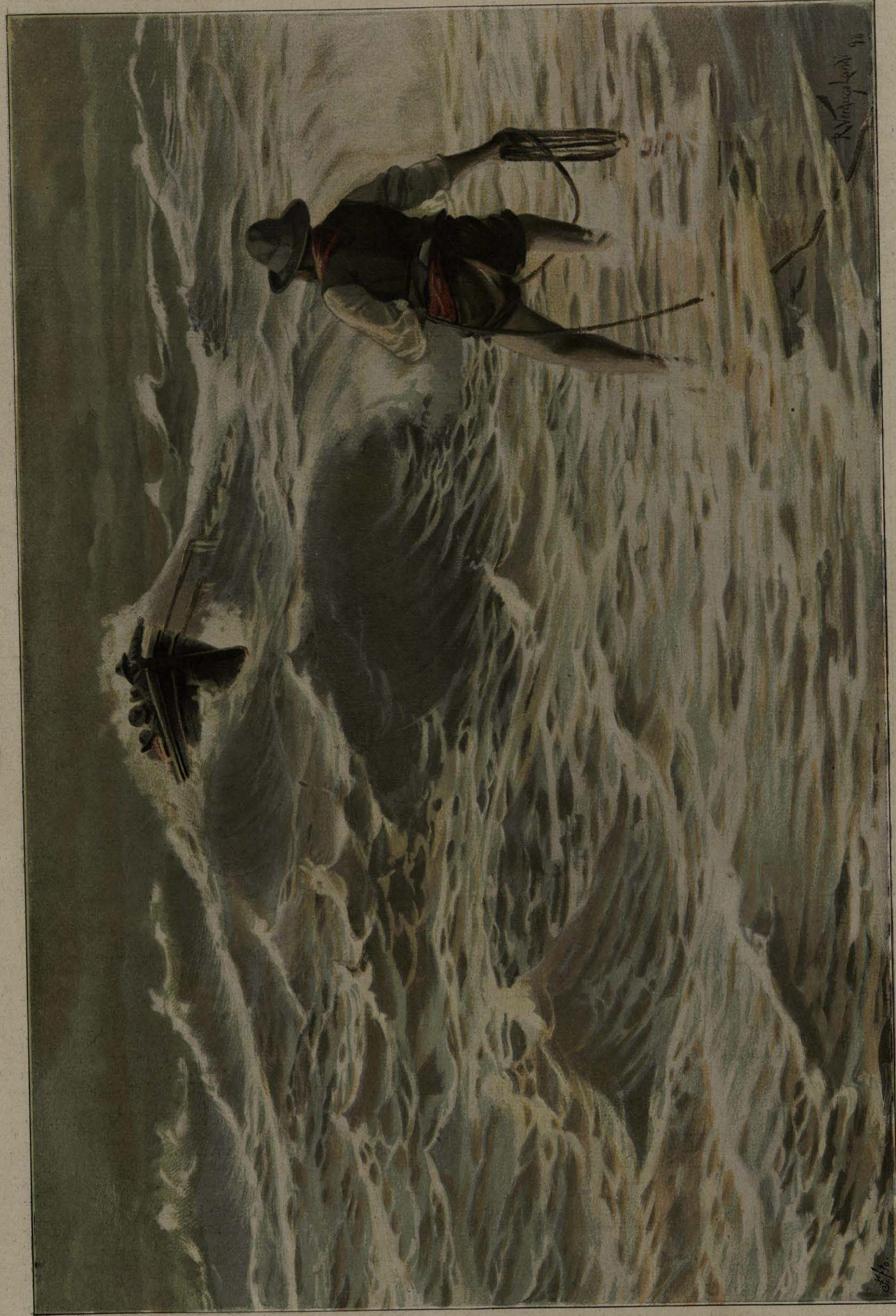
—Escucha, castila, una evocación y una historia: Sangre vertida por los tuyos, amasó en la de mi madre odio y venganza. De esa sangre mamá yo, y sin embargo, para mí, tu vida es sagrada.

Se pasó la mano por la frente aquel hermoso ejemplar de la raza india, y cual si penosamente recogiera sus recuerdos, continuó su misteriosa narración.

—Pronto hará dieciocho años. Era el 24 de Julio de 1881, ¡bien me acuerdo! A las once de la mañana levó anclas con rumbo á España el



R. VERDUGO LANDI



OBRA DE CARIDAD

F. SANS CASTAÑO



OBRA DE INIQUIDAD